

BIBLIOTECA CENTRAL

CAPITULO VII.

LA FE SUBJETIVA, LA ADHESION Á LAS LUCES DE LA REVELACION ES EMINENTEMENTE RACIONAL.

¿Qué es la Fe? La Fe, segun la definicion que da de ella la teología, es una virtud sobrenatural, por la que creemos firmemente todo lo que Dios ha revelado, porque él lo ha revelado y es la verdad misma que no puede engañarse ni engañarnos. Es una virtud, porque hay mérito y mucho mérito en creer; es una virtud sobrenatural y por consiguiente un don, una gracia, porque Dios se revela á quien le place, y porque él solo puede hacernos dóciles á su palabra y á la voz de su Iglesia santa. Es tambien una virtud teologal, porque su objeto inmediato es Dios, y su motivo es una perfeccion divina, la veracidad infinita de Dios.

Una vez admitida la existencia de Dios y de la revelacion divina, la fe, definida como acabamos de hacerlo, no es solamente necesaria, sí que tambien perfectamente legitima y racional. Porque ¿á quién creeríamos nos-

otros, si no creyésemos á la veracidad infinita de Dios?

Mas S. Pablo ha dado de la Fe otra definicion eminentemente propia para hacer resaltar esta verdad capital, que nada es más racional, más honroso en sí y más noble para el hombre que la adhesion de la inteligencia por medio de la fe á la revelacion divina. Él dice en su magnífica carta á los Hebreos, c. XI, v. 1: *La fe es el fundamento de las cosas que se han de esperar, y el argumento de las cosas que no se ven.* SPERANDARUM SUBSTANTIA RERUM... ARGUMENTUM NON APPARENTIUM.

La Fe es el argumento de las verdades que no vemos; es decir, la manifestacion, la declaracion, la exhibicion de lo que nos es invisible, de lo que nuestra inteligencia no puede descubrir por sus propias fuerzas, de lo que quedará por consiguiente para ella desconocido, inaccesible, ininvestigable, de lo que en una palabra no es contrario á la razon, porque lo que es contrario á la razon es imposible ó no existe, sino que está sobre ó más allá de la razon, y que sin embargo tenemos grande interés en conocer y creer.

¿Es realmente de cosas que nosotros no podemos descubrir por las solas luces de la razon? Evidentemente. Negarlo seria el colmo de la locura. Nosotros no somos infinitos, estamos muy lejos de serlo. Físicamente, nuestro sér es muy limitado, ocupamos muy pequeño lugar en el universo; arriba, abajo, á derecha, á izquierda, nada hay ya de nosotros. El ojo más lince, la voz más sonora, el oído más fino no se extiende más allá de algunos kilómetros.

Moralmente, nuestro sér no es menos limitado. ¿Qué es la virtud de los más virtuosos y la sabiduría de los más sabios? Ved á David adúltero y homicida, ved á Salomon libertino é idólatra, ved á todos los sabios, á todos los filósofos de la Grecia y Roma, á Ciceron mismo, cuya memoria queda manchada de torpes vicios. Dios, que conoce á fondo nuestra pobre naturaleza humana, salida de sus manos y animada con su soplo, ¿no ha dicho por la

boca del Sabio por excelencia: «Los apetitos, los sentidos y deseos del hombre son inclinados al mal desde su mocedad?» El santo varon Job ¿no exclamaba en el profundo conocimiento de su miseria: «¡Dios mio! ¿por qué me habeis hecho vuestro contrario?» Y el gran Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo é iniciado en los secretos de Dios, ¿no gemia amargamente porque no hacia el bien que amaba, y obraba el mal que aborrecia? no se indignaba él contra el ángel impuro que insultaba su debilidad? Los solos séres satisfechos de sí mismos son los fariseos malditos que se han divorcionado con todas las virtudes. El primer paso en el camino de la virtud es prosternarse en tierra y herirse los pechos, exclamando: Perdonadme, Dios mio, que soy un grande pecador!

En el orden de la inteligencia, ¿nuestro sér será más infinito? ¿Quién será tan necio para creerlo ni siquiera un instante? Una vez encontré en el paseo de Bicêtre á un pobre loco, que se creia y se decia sollozando el más desgraciado de los hombres, porque se habia hecho un gran libro de lo que él ignoraba. Se podria hacer no un gran libro, sino millares de lo que no sabrá el más enciclopedista de los sabios del siglo XIX y de los siglos venideros.

Por de pronto coloquémonos en el terreno de la ciencia al alcance del hombre, á lo menos en la apariencia. En las ciencias naturales, físicas, matemáticas, ¿qué sabemos nosotros? Nada ó muy poca cosa. Y lo que sabemos lo sabemos muy mal. No tenemos la última palabra deseada. ¿Qué son en el fondo todos los progresos de las ciencias? La multiplicacion de incógnitas y misterios. Para nuestros antepasados el mundo material era un misterio cuádruplo, compuesto de tierra, agua, aire y fuego. El agua ó el aire eran misterios simples ó únicos. Para nosotros que hemos descubierto sesenta elementos y más, el mundo es un misterio compuesto, quince veces más inaccesible; el agua, despues que la conocemos compuesta de hidrógeno y oxígeno, es un doble misterio; el aire, mezclado en proporciones poco menos que contadas

de oxígeno, azoe y ácido carbónico, es un triple misterio.

Espíritu, materia, éter, espacio, tiempo, afinidad, gravedad, electricidad, calor, luz, fotografía, telegrafia eléctrica, etc., etc., son otras tantas palabras, cuyo sentido está para nosotros rodeado de misterios insondables, otros tantos enigmas ó incógnitas que desesperan.

En el dominio de la filosofía no solamente sabemos muy poca cosa, sino que lo sabemos muy poco ó mal. Sin cesar tomamos lo falso por verdadero, y lo que lo prueba de una manera más clara que el dia, son los errores y las contradicciones que llenan el mundo. Casi hay tantas, no diré opiniones, sino convicciones como hombres. Ciceron habia ya dicho de su tiempo que era imposible imaginar un absurdo que no lo hubiese propalado algun filósofo, y nosotros hemos experimentado que no exageró nada. ¿Cuántas verdades hay del orden intelectual, sobre las cuales estén de acuerdo todas las inteligencias? Muy pequeño es su número, y yo no me atreveria á colocar en esta categoría la existencia de Dios y la espiritualidad é inmortalidad del alma. Porque hay una muchedumbre de séres humanos, aun entre los sabios, que se obstinan en pasar por ateos y materialistas, sin advertir siquiera que son en realidad demasiado pequeños y modernos para ser aun una materia organizada necesaria. La duda invade los espíritus que se tienen por más ilustrados y sensatos.

Ciceron, al final de sus cartas sobre la vejez, despues de una invocacion que entraña la inmortalidad del alma, vuelve tristemente sobre sí mismo y exclama: «Si me engaño creyendo en la inmortalidad del alma, con gusto me engaño, y yo no quiero que se me arranque un error que hace el encanto de mi vida.» En otro lugar (*Académica* II, lib. II, pár. 12) dice: «Casi todos los filósofos más celebrados, Sócrates, Demócrito, Anaxágoras, Empédocles han afirmado que *no sabian nada*, que no entreveian nada, no conocian nada...; que la verdad estaba como anegada en un profundo pozo, y que no quedaba ya lugar para ella.» Sócrates, en el *Gorgias*, dice á su interlocutor despues de su

exposicion de la inmortalidad del alma: «Sin duda tú tienes estos relatos como sueños de vieja delirante, y los desprecias. Yo mismo los despreciaría, si en nuestras investigaciones hubiésemos encontrado algo más cierto y saludable.» Séneca se lamenta en estos términos de la indiferencia de su tiempo por la verdad y de la impotencia de la filosofía: «Lejos de descubrir verdades desconocidas á los antiguos, todos los días se acaban las antiguas verdades. ¡ Ah! Aun cuando nosotros consagráramos todos nuestros esfuerzos, y la juventud contribuyese con todo el ardor de su corazón, y la ancianidad con sus consejos recogidos ávidamente por las nuevas generaciones, apenas llegaríamos al abismo en que se oculta la verdad.» Séneca aún, cuyos sentimientos son algunas veces tan elevados y cristianos, que se quiere que haya estado en relaciones con el Apóstol, en su *Consolacion á Marcia*, se olvida hasta el punto de exclamar: «Los muertos no experimentan dolor alguno, y los terrores del infierno son una fábula. La muerte es el desenlace y fin de todos los dolores.»

Tambien es él el que arrojó en el escenario la palabra impía tan aplaudida por la Roma de los Claudios y Neronés: «Después de la muerte no hay nada, y aun la misma muerte nada es.» *Post mortem nihil, ipsaque mors nihil.*

Diez y ocho siglos más tarde los jefes de la filosofía ecléctica se reúnen en congreso en París, y sobre estas mismas cuestiones de Dios y de la inmortalidad del alma se dividen sin que pueda aun formarse mayoría.

Si para resolver estos grandes problemas añadimos á los recursos de la razón los de la ciencia, no nos encontraremos más adelantados. El célebre naturalista Huxley, en enero de 1869, hacia esta dolorosa confesion: «Los filósofos se disponen á dar batalla sobre el último y más grave de todos los problemas especulativos. ¿La naturaleza humana posee un elemento libre, dotado de voluntad, ó es la máquina más artísticamente construida de todas

las que son obra de la naturaleza? Algunos, en cuyo número yo me cuento, piensan que la batalla quedará para siempre indecisa.» Uno de los físicos más eminentes de la escuela moderna, Tyndall, en un discurso pronunciado en Norwich en agosto de 1868, ha dicho: «El problema de la union del cuerpo y alma es tan insoluble en su forma moderna, como lo era en las edades precientíficas... Si preguntais de dónde viene la materia,... cómo y quién la ha dividido en moléculas, cómo y quién le ha imprimido la necesidad de formarse en grupos orgánicos, la ciencia se queda sin respuesta á estas cuestiones. Mas si la ciencia enmudece, ¿á quién atañe dar la respuesta?... A aquel á quien el secreto ha sido revelado. Inclínenos nuestras frentes y reconozcamos nuestra ignorancia una vez por todas...» En fin el jefe mismo de la filosofía positiva, Augusto Comte, admite en los objetos de que se ocupa el pensamiento humano, lo *conocible* y lo *inconocible*; admite aun dos categorías de inconocible: el inconocible de la ciencia y el inconocible de la religion, y añade (*Curso de filosofía positiva*, t. 1, 2.^a ed., Introducción, pár. XLIV): «*Lo inconocible*, lo que está más allá del saber positivo, ya materialmente, como el fondo del espacio sin límites, ya intelectualmente, como el encadenamiento de las causas sin término, es inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nullo ó no existente. La inmensidad tanto material como intelectual está íntimamente unida á nuestros conocimientos... Es un océano que viene á lamer nuestra playa y para el cual nosotros no tenemos ni barca ni velas.»

Si en el dominio de las verdades naturales y de las ciencias humanas, el horizonte de nuestra inteligencia es tan limitado, ¿qué será, pues, cuando se encontrará en presencia de las verdades sobrenaturales y de las ciencias divinas? Apólogo ó historia: San Agustín se paseaba por la playa del mar de Cartago; sumergido en profunda meditacion, se lisonjeaba de poderse formar á lo menos una idea del misterio de la Trinidad santísima, cuando de

repente advirtió que no estaba solo. A algunos pasos de él, un niño de facciones angelicales habia cavado en la arena un pequeño hoyo; despues, tomando una conchita, fuése á la mar, la llenó y vacióla en el pequeño hoyo, y de nuevo volvió é hizo lo mismo una y muchas veces. Sorprendido de este extraño proceder y temiendo que la razon del pobre niño no se hubiese extraviado, san Agustin se acercó, y con voz dulce y triste á la vez le dijo: ¿Por qué tantas idas y venidas? qué es lo que pretendes, amado niño? —Lo que yo quiero, padre mio, es hacer entrar la mar toda entera en este pequeño hoyo que he cavado.—Esto es imposible. ¿Tan loco eres? ¡qué desgracia! — ¡Yo loco! no, padre mio; ó á lo menos no soy yo el más loco de los dos. El Mediterráneo es grande, muy grande, es verdad; y mi concha y el hoyo son muy pequeños; pero en fin aquél no es infinitamente grande y éstos infinitamente pequeños, mientras que Dios, á quien quereis encerrar en la esfera infinitamente pequeña de vuestra razon, es infinitamente grande. —Despues de haber dado esta leccion, el niño desapareció, y san Agustin volvióse más humilde hácia Cartago.

Una cavidad minúscula delante de un océano de incógnitas y misterios: hé aquí en realidad lo que es nuestra inteligencia. ¿Y la creeremos tontamente capaz de alcanzarlo todo?

En el número casi infinito de las cosas que nos son invisibles, que no podemos saber por nosotros mismos, entre tantos misterios é incógnitas, ¿hay alguno que tengamos grande interés por conocer y alcanzar? Evidentemente: Dios, nosotros mismos, nuestro origen, nuestro último fin, nuestro destino futuro, nuestros deberes, el camino que nos llevará á la felicidad y á la felicidad eterna, etc., etc. El argumento ó el intermediario que nos revelará, que nos anunciará estas cosas, que las pondrá á nuestro alcance, ha de ser muy bien recibido. En haciéndole buena acogida, hacemos un acto de juicio muy iluminado y sabio; y lejos de avergonzarnos de ello,

deberemos estar santamente enorgullecidos de haberlo aceptado. Pues bien, este argumento, este intermediario glorioso y bienhechor es la Fe. *Fides... argumentum non apparentium*. Ella es la barca, ella es la vela que sola puede llevarnos á lo inconocible.

En las ciencias humanas, ó en las circunstancias ordinarias de la vida, cuando un objeto no nos aparece, ó una empresa está sobre nuestras fuerzas naturales, nos apresuramos á suplir nuestra impotencia por medio, si es menester, de largas investigaciones y de muchísimo dinero. Para sondear la profundidad de los cielos, la astronomía no ha vacilado un instante en armar su ojo insuficiente con un telescopio que agranda los objetos. Para tratar de arrancar á la naturaleza el secreto de la constitucion íntima de los cuerpos y llegar á comprender detalles de organizacion, que su pequeñez roba completamente á sus miradas, el naturalista se ha apresurado á recurrir al microscopio; el capitán de un buque en la mar y el general de ejército en campo raso se consideran felices y contentos con sus anteojos de larga vista, que suprimen en gran parte al menos la distancia y permiten conjurar muchas veces el peligro; el hombre de mundo en el teatro, en las fiestas públicas ó en presencia de los grandes espectáculos de la naturaleza, bendice su catalejo; el miope para mejor andar por la calle, el presbita para poder desempeñar sus trabajos de gabinete, no vacilan en hacer uso de anteojos. ¿Qué no se diria del energúmeno que pretendiese organizar una cruzada contra los telescopios, los microscopios, los catalejos, los anteojos, los lentes, etc., etc., bajo el pretexto de que son una ofensa á la dignidad humana y un insulto á la vista? Se le compararia á Omar; se le meteria entre estos locos furiosos, cuya memoria es un objeto de execracion. Pues la Fe, en la idea tan exacta que de ella nos da san Pablo, no es otra cosa que el telescopio, el microscopio, el antejo, el catalejo, el lente de nuestra inteligencia, cuyo alcance ella centuplica. *Argumento de lo que no vemos*. Por lo tanto

ella es evidentemente racional y gloriosa. Atacarla es un crimen, un suicidio intelectual.

Nosotros recordamos que en 1847 Francisco Arago hacia por última vez en el Observatorio real el curso de astronomía popular, que ponía á todo París en movimiento. Yo era uno de sus oyentes más asiduos, y aun había redactado y publicado en la *Época* un cierto número de sus admirables lecciones. Todo el mundo sabe que Arago me tenia grandísimo afecto, pero mi fe viva le impacientaba algunas veces. — Creer, me decia, seria una humillacion profunda. Porque ¿cómo creer sin confesar al mismo tiempo que hay verdades que yo no comprendo, que desafian y superan mi razon y que deberé admitir bajo palabra? — Yo le respondia que no habia ninguna humillacion en reconocer un hecho más claro que el dia, el hecho de que la vista de la inteligencia tiene sus límites, como la vista de los objetos materiales tiene los suyos. Esta respuesta no le satisfacía, y yo me atreví un día á decirle: Ayer, señor, os complacisteis en enumerar las maravillosas propiedades del ojo, demostrando cuán superior es por la multiplicidad de sus funciones espontáneas y vivas á todos los instrumentos creados por el genio humano. Exaltasteis su poder de recepcion, ó esta facilidad admirable con la cual condensa en un punto casi indivisible el más inmenso horizonte, su poder de acomodacion casi instantánea á todas las distancias, su acromatismo prácticamente tan perfecto, etc., etc. Y sin embargo vuestra vida de sabio no es más que una série de atentados contra la perfeccion del ojo. Vais proclamando sin cesar su impotencia, armándole con mil instrumentos diversos destinados á completarlo: telescopio, microscopio, micrómetro, polariscopio, polarímetro, refractómetro, fotómetro, espectroscopio, etc., que son otros tantos insultos á esta obra maestra inimitable, que vos tanto habeis hecho admirar. Romped, pues, todos estos aparejos, si quereis ser consecuente con vos mismo, porque mi fe no es nada más que el bendito telescopio de mi inteligencia.

—¿Cómo soñar ni siquiera un momento en romper estos *telescopios*, que muestran la luna mejor que no se ve el Mont-Blanc de Dijon, que nos han permitido llegar á conocer las desigualdades de la superficie de nuestro satélite mejor que no conocemos las desigualdades de nuestra tierra; que han resuelto en estrellas, y en estrellas dispuestas con admirable orden, estas nebulosas, de las cuales se hacia tan gratuitamente la primera materia de los nuevos mundos; estos *micrómetros*, que nos han servido para medir con una precision desconocida hasta entonces los dos diámetros de los planetas y hacer constar su desigualdad; estos *polariscopios*, que nos han revelado la verdadera naturaleza de la fotosfera solar; estos *espectroscopios*, que nos han dejado penetrar los más profundos misterios de los cielos? Hacer volver á la nada tantas y tan estupendas invenciones, que ponen al hombre en posesion, por decirlo así, de nuevos cielos y nuevas tierras, esto evidentemente seria un acto de barbarie.

—Sí, replicaba yo; pero desdeñar, rechazar, ultrajar la fe, que en realidad no es más que el telescopio, no ya de un ojo material, que nos es comun con los seres más inferiores de la creacion, sino de nuestra razon, de nuestra inteligencia, que nos hace reyes de toda la naturaleza entera y nos asemeja al mismo Dios, ¿no seria esto una locura mucho más irritante aún?

Y lo que decimos de nuestro ojo es asimismo verdad de todos nuestros órganos. Nosotros suplimos la fuerza de nuestros brazos por todas las fuerzas de la naturaleza, el agua, el viento, el fuego, la electricidad; nosotros compensamos la lentitud de nuestros piés por el velocípedo, la locomotora, la telegrafía eléctrica; y uno de los mayores pesares de la ciencia moderna es no haber podido aún agrandar el dominio del oido del hombre.

¿Cuál es, en último análisis, el fin ó la mision del genio y de la industria? La multiplicacion y el perfeccionamiento de los utensilios con que el hombre suple la impotencia de sus órganos. Además, el carácter distintivo